

La humanidad contra la naturaleza

Como parte de la naturaleza que soy, en estos días donde cada vez hay más contaminación, producción de gases y Co2, siento como poco a poco me voy marchitando viendo el tiempo pasar y sintiendo como te van dejando de lado porque simplemente eres una bonita rosa más para cortar y pegar junto a una carta o porque en mi caso, simplemente eres un pino más que será talado, apartado de su familia y que tan solo servirá como un árbol de Navidad para decorar y una vez no sirva tirar.

Donde yo vivo es cierto que hace frío, por supuesto, pero cada vez mis raíces se funden un poco más en la nieve y cada vez es más difícil aguantar si la temperatura sigue subiendo. A veces, suelo pensar que en un par de años no habrá más que rocas y pedruscos acompañando a los humanos, pues aunque hay muchas campañas para ayudarnos, muchas veces nos hacen daño sin darse cuenta. Y ese es el problema, me siento como en una carrera a contrarreloj, donde mi destino ya está decidido por mí, donde pinchos de hierro y voces de leñadores me atan y dependo de ellos.

Y eso no me puede provocar felicidad en absoluto, cada vez veo el cielo más gris lo que me hace pensar que cada día iré viendo como los colores van desapareciendo; como ese azul de cuando me levantaba ahora llega a gris, como el blanco de la nieve que me cubre cada vez aguanta menos y como las auroras boreales que contemplaban cada una de mis ramas ahora se ven tan rojas, que parezcan que están a punto de explotar y cortar el pequeño hilo que es mi vida, la vida de un joven árbol, que a este paso nunca llegara a ser uno de esos famosos pinos centenarios.

La naturaleza, y al contrario de lo que piensan algunos humanos, somos bastante o igual de sensibles que ellos. ¡Por dios, si hasta les damos oxígeno que nos podríamos quedar para nosotros solos!

Y si fuera poco, si algún humano al leer esto no se le encogiera un poco el corazón, he de decir que el otro día tuvimos una reunión con Madre Naturaleza; la pobre cada vez se siente más sola y va perdiendo memoria por culpa de cómo la tratan. Fue reuniéndose por grupos, decía que no le quedaba mucho tiempo. Mis hojas apenas aguantaron el fuerte peso de las lágrimas que derramaban las nieves, y la luna esa noche, con todo el maquillaje emborronado no quiso salir.

Y ahora viene mi pregunta: ¿De verdad destruirnos sirve de algo cuando, incluyéndome yo, la naturaleza somos la fuente principal artística y de vida? Deberíais replanteároslo y rápido, pues a este paso nuestro grito de dolor será más alto y menos válido.

Atentamente un pino que quiere dejar de gritar y sonreír, atentamente un pino que no quiere vivir en un desierto absoluto. Atentamente un pino que cuando sea mayor quiere ser feliz.

Miriam García Agujetas 3^aESO